

EL BARCO GRANDE.

Andreas Karandonis

Traducción de: Marco A. Perales O.*

Eleuterio era un niño de pequeña estatura, de ocho años de edad; y era también algo enfermizo. Por esto, sus padres no lo dejaban bajar al puerto para jugar con los otros niños. Y cómo quería Eleuterio estar junto a ellos y subir y bajar a los barcos y a los botes, que los habían arrastrado a la playa, para calafatearlos y pintarlos. Los otros niños, todo el verano, no hicieron otra cosa, sino corretear descalzos de un lado a otro, jugar toda clase de juegos, y después subirse a los botes; y de allí hacer zambullidas y natación en el mar -una zambullida- que tanto admiraba Eleuterio, y estaba ciertamente seguro que si lo dejaban, lograría zambullidas mejores que los otros niños.

Por cierto, no le prohibían severamente sus padres bajar a la playa para hacer lo que quería. Sin embargo, poco a poco lo habían convencido que era mejor para su salud permanecer en la casa. Dentro de poco abrirán las escuelas y te volverás a encontrar con tus amigos, le decía cada tanto su madre para consolarlo. Y como Eleuterio era obediente - tiene boca pero no habla, decía de él con orgullo su difunta abuela- permanecía muchas horas del día en la casa. Y había encontrado la manera para pasar estas horas. Su padre tenía una biblioteca grande y rica.

También le gusta mucho a Eleuterio la lectura y era un gran placer para él sumergirse dentro de las hermosas y fantásticas historias que le decían los libros, y para viajar con los héroes de las historias a extraños lugares, a lejanas tierras y mares; y tomar parte también él en sus aventuras, algunas veces peleando con pueblos bárbaros, otras descubriendo tesoros en islas

* Licenciado en Lengua Griega Moderna, ex profesor del Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos.

desconocidas, y de vez en cuando cazando animales salvajes en la jungla. Y cuando se cansaba de la mucha lectura, cerraba el libro, iba y se paraba delante de una gran ventana de su sala y dejaba sus ojos divagar en el inmenso mar, que empezaba exactamente bajo su casa y se extendía muchísimo hasta allá donde otras islas en el horizonte se oyen como esbozos, de esos que el maestro les pedía que hicieran en el colegio.

Su casa grande, alta, ancha y cuadrada como extraña torre, estaba construida arriba del puerto. Y el puerto jamás estaba desierto. Todo el verano se llenaba de barcos de toda clase. Con barcos de itinerarios, con transatlánticos que llevan miles de extranjeros a las islas, con cruceros, con yates donde viajan famosos extranjeros o grandes armadores.

Y este espectáculo que se desarrollaba continuamente delante de él, todo el verano, era más hermoso que la mejor novela que había leído. Porque las historias de los libros por hermosas que sean tienen algo inasible. Es como si las vieras en tu sueño. Mientras esto que veía eran verdaderamente barcos, botes, hombres que subían y bajaban de la cubierta al muelle, voces, colores. Sobre todo en las noches, se veía el puerto como un pedazo de cielo resplandeciente caído a la tierra.

Y cada vez que un estruendoso o fuerte silbido de la chimenea de los barcos estallaba en el aire, Eleuterio creía que era para él. Sí, lo invitaban a viajar. Todos estos barcos habían llegado para él desde lugares extranjeros. No existía duda para él. Para Eleuterio silbaba esta noche aquel enorme barco, con su chimenea roja, este barco completamente blanco, que se parecía a una ciudad enteramente iluminada.

Sus padres estaban en ese momento ocupados con la compañía de amigos, que habían llegado a visitarlos. Escuchaba sus risas y sus conversaciones, que llegaban de la terraza. Y de repente lo decidió: "Me iré, dijo para sí". Subiré al barco y permaneceré hasta la otra semana que regresará. Me ocultaré en alguna parte; y si el barco sale a mar abierto, me presentaré al capitán y le rogaré que me deje telefonar a mis padres, para que no se preocupen. Se entusiasmó con su plan. Y estaba listo para salir lentamente por la puerta de atrás y bajar hasta el muelle, necesitaba tres minutos para llegar hasta el barco, cuando escuchó a su padre que lo llamaba. - Eleuterio, ven hijo mío, un momento. La voz de su padre profunda, serena y seria lo hace olvidar de golpe su plan. Corrió afuera de la terraza. Hijo mío, le dice su padre, anda por favor, al quiosco de la señora Alafasu a comprar diarios. Recién llegó el barco del Pireo. Anda para que veamos qué nuevas tenemos de Chipre...

Había olvidado Eleuterio, que desde hacía poco tiempo, esta hermosa y gran isla griega, verdadero motivo de orgullo de la patria y nuestra historia, como les decía el profesor en el colegio, atravesaba muchas dificultades, verdaderamente, horas trágicas. Una parte la habían tomado los turcos al desembarcar. Combatían valerosamente los griegos en Chipre, pero no tenían ni tanques ni aviones. Y ahora los turcos degollaban mujeres y niños, quemaban casas, saqueaban por todas partes. Le vinieron todas estas cosas a la mente de Eleuterio y sentía su sangre hervir.

Corrió al pequeño y estrecho negocio de la señora Alafasu. Estaba lleno de gente que apurados compraban diarios. Compró también Eleuterio éstos que le había pedido su padre, y emprendió el regreso a casa. Le llamó la atención un gran título en el diario, que con gruesas letras mayúsculas decía: "Doscientos mil chipriotas abandonaron las ciudades y las aldeas; y ahora deambulan refugiados". Y bajo el título había fotografías de los refugiados en mala situación. Ancianos campesinos con expresión desesperada, ancianas lamentándose, sentadas bajo los árboles, madres que circulan por las calles con sus pequeños en brazos, buscando algún techo y un poco de pan. ¡Ah, tanta desgracia, qué gran mal! Mucho había leído en los libros Eleuterio acerca de guerras, refugiados y prisioneros. Pero, ahora entendía verdaderamente a fondo qué significaban todas estas cosas, y qué tremendo sería ser refugiado en su misma patria. Lágrimas cayeron lentamente por las mejillas de Eleuterio, y goteaban en las letras del diario que narraban esta gran desgracia de nuestros hermanos allá. Y no sabía si estas lágrimas eran por la gran tristeza que le produjo tanta desgracia, o por la ira, que comenzó a hervir en su alma, por estos bárbaros, por estos enemigos de Cristo y de los griegos, por estos incivilizados, que no respetan ninguna ley, divina o humana. "Ah, si pudiera. Ah si pudiera".

Levantando su cabeza del diario, vio de repente el gran barco, el que hace un momento estaba listo para abordar en su gran aventura. Pero, ahora, otros sentimientos lo inundaban. Se paró exactamente bajo el barco que brillaba por las luces, y empezó a hablar a solas: "Dios mío, ¿por qué no me regalas a mí este barco? Si me lo das, primeramente, arrojaré a todos estos que están adentro y que lo pasan muy bien, sin interesarse por los desgraciados allá en nuestra isla grande. Y luego que los arroje, pondré en todas partes, en todo el barco, grandes cañones, unos inmensos cañones, que cuando disparen puedan con su proyectil destruir una ciudad entera. Y posteriormente subiré al puente, tomaré el timón y doblaré la proa del barco hacia Turquía, verás si va a quedar con vida algún turco. Y entonces, cuando mueran todos los turcos, quedarán sólo los soldados que están en Chipre". Y al poco rato los griegos

los arrojarán al mar y la alegría regresará de nuevo a la isla.

Tanto le gustó este plan, que creyó que había empezado a llevarlo a efecto. Pero, ahora otro plan que le llegó a la imaginación desplazó al primero. "¡No, no, éste no era lógico! Primero debo hacer otra cosa. Saldré a las calles e iré a golpear todas las puertas, en las casas, en los negocios, por todas partes. Y rogaré a todas las personas que me den lo que tengan dentro de sus casas: ropas, alimentos, muebles, remedios, dinero. Y cuando lo reúna todo, llenaré el barco con vestimentas, mantas, frazadas, zapatos, panes, sacos de harina, tallarines, leche, fósforos, aspirinas, yodo, frutas y con todo otro bien que exista en la isla. Y una vez que haya llenado el barco con todas estas cosas lo llevaré lo más rápido, que sea posible a Chipre.

Y llegaré, saldré a repartir a los refugiados, todo lo que cargué en el barco. Y sólo entonces regresaré a Grecia, para instalar los cañones como había pensado antes y para enfilar hacia Turquía. ¡Sí, esto haré! Mientras tanto había llegado a la casa.

- Gracias Eleuterio, dijo dulcemente su padre, tomando los diarios. Pero, ¿qué te ocurre hijo mío? Tus mejillas están completamente rojas. ¿Acaso estás enfermo?

- Ah, no, papá, no tengo nada, dijo en voz baja Eleuterio, y regresó a la sala, donde al otro lado de la gran ventana estaba el enorme barco, con su roja chimenea y sus miles de luces.

No sabe nadie qué puede soñar un niño, un niño griego.